

(Transcripción no revisada por el autor)

RETIRO RAMA FAMILIAR 1997

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

P. Rafael Fernández

Tercera charla

Para iniciar esta reflexión les leeré un trozo del Catecismo de la Iglesia, que es muy hermoso. Dice:

La unidad de Cristo y de la Iglesia, cabeza y miembros del cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del esposo y de la esposa. El tema de Cristo Esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista. El Señor se designó a sí mismo como *el* Esposo. El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel miembro de su cuerpo, como una esposa desposada con Cristo Señor para no ser con él más que un solo espíritu. Ella es la esposa inmaculada del Cordero inmaculado a la que Cristo amó y por la que se entregó a fin de santificarla, la que él asoció, mediante una alianza eterna, a él y a la que no cesa de cuidar como de su propio cuerpo. (n. 796)

Es un trozo que nos muestra la realidad de este misterio que cada uno de nuestros matrimonios está llamado a encarnar y a hacer presente. Les repito que no se trata sólo de un símbolo. El símbolo podría estar en el amor natural de dos esposos, de una familia. Una familia de no bautizados, de personas no creyentes, pero que realmente se aman, nos recuerda, de alguna manera simboliza, la presencia del Dios Trino y de Cristo y de la Iglesia, pero en el matrimonio de los bautizados hay algo más, hay un sacramento por el cual no solamente hay un símbolo, un recuerdo, sino que hay una presencia activa. Esa pareja reedita un proceso real que se dio y que se da continuamente entre Cristo y la Iglesia.

Así como Cristo y María, Cristo y la Iglesia forjan el reino de Dios, lo dan a luz de alguna manera, lo instauran, así, cada uno de los matrimonios gesta su propio reino de Dios, o un trozo, una parcela de ese reino. Y la manera en que ese reino crece, en que ese reino fructifica, depende de que los esposos continúen la acción redentora de Cristo y de la Iglesia en ese hogar. En la medida en que lo hagan, estará Cristo actuando eficazmente allí.

Creo que esto es muy importante. Podría también compararse, de alguna manera, con el cuarto mandamiento. Cuando un niño obedece a su padre, a su madre, le está obedeciendo a Dios. Porque ese papá y esa mamá son instrumentos del Dios Creador, del Dios Padre. Creo que esto nos da un sentir distinto. Aquí podemos también aplicar eso de "conócete tu dignidad". Conozcamos nuestra dignidad, cuál es nuestra misión propia, nuestra vocación; para qué estamos consagrados por el sacramento del matrimonio.

El matrimonio no es sólo un símbolo, una idea, sino una realidad que hace presente, que hace actuante el misterio de Cristo y su Iglesia. Como en la Eucaristía. Para los

protestantes, la Eucaristía es un recuerdo; ellos hacen una celebración donde se reparte el pan, pero como un recuerdo, un símbolo. Para nosotros, en la Eucaristía se renueva, se reactualiza el Gólgota; ahí está realmente presente. No sólo recordamos a Cristo en la Eucaristía. Así sucede también en el matrimonio por ser sacramento. El matrimonio hace presente en forma dinámica, no fotográfica, el proceso de la redención.

En el esposo está actuando Cristo Esposo, y en la esposa, está actuando la Iglesia, está actuando o reviviendo María.

Hemos hablado del esposo. Quiero referirme ahora a la esposa.

Cuál es la identidad de la esposa en el sacramento del matrimonio

¿Cuál es el misterio de la esposa-Iglesia en el sacramento del matrimonio?

La Iglesia es una organización visible; hace planes, tiene funciones, una cantidad de organismos. Podría ser una empresa. Hay muchas organizaciones semejantes a la Iglesia. Pero la Iglesia es mucho más que eso. La Iglesia es un misterio. ¿Por qué? Porque lleva en su seno a Cristo. El misterio de la Iglesia es su intimidad con Cristo.

Hemos visto en el último tiempo, cómo la Iglesia se ha desvirtuado, cómo se ha secularizado muchas veces; ha perdido su misterio, ha perdido su interioridad, el contacto personal con Cristo. Urs von Balthasar, un gran teólogo alemán, hablaba de qué le pasaba a la Iglesia sin María. Cuando la Iglesia dejó de lado a María -antes del Concilio hubo una gran crisis en ese sentido- este teólogo decía que la Iglesia estaba en peligro de convertirse simplemente en una organización sin alma. La Iglesia pierde su misterio, su efectividad, su magia. Esa magia de la Iglesia viene de su intimidad con Cristo.

Pensemos ahora en la esposa que está llamada a ser la portadora de Cristo, la que acoge a Cristo, la que lo lleva en su seno. Hay una base natural. La mujer tiene en sí los rasgos de la receptividad, del acogimiento, mucho más que el varón. El varón, por naturaleza, es exteriorizado, tiende más a hacer cosas. En cambio la mujer, por naturaleza, tiende a acoger, a recibir la vida, llevar a alguien en su vientre, en su ser. Ella es madre por naturaleza. Este misterio natural de la mujer es elevado por la gracia sacramental.

La mujer, en el matrimonio, por el sacramento del matrimonio, pasa a ser signo visible de la capacidad de acogimiento del Señor. El misterio de la Iglesia es estar plena de Cristo y esto tendría que pasar en cada hogar, en cada esposa. La Iglesia está plena de su esposo, recibe a Cristo y con él y en él guarda ese misterio. En esto, la distinción no es material. En la misma persona la esposa está amando a Cristo y a su esposo; es el mismo ser. Así como el niño que obedece al papa está obedeciendo a Dios. La esposa, en el esposo, dando acogida al Señor, pero también a Juan, a Pedro, a su esposo. Tiene capacidad de acogimiento ¿hasta donde? Hasta donde tengo misterio???? (No se entiende....)

Si pensamos en lo que pasa actualmente, en un sistema de vida hipervirilizado, exteriorizado, en una cultura del hacer, del tener, donde recibir es casi visto como una maldición. Dominar sí, manejar sí que vale la pena, pero recibir, es una disminución. Para

la Iglesia no es una disminución recibir ni acoger. Tampoco lo fue para María. María se realiza diciendo: "He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu Palabra". El P. Kentenich define a la mujer como receptividad, pero no una receptividad pasiva, sino extraordinariamente activa. Cuando decimos acogimiento nos referimos a una receptividad muy activa. Significa apropiarse de ese ser y hacerlo mío y vivir en él y para él.

¿Se dan cuenta de la trascendencia que tiene esto? Es inmensa. De ello depende la salvación del marido. Cada uno salva al otro. En este sentido, el papel salvífico de la mujer, de la Esposa-Iglesia, es lo decisivo. Porque nos enseña a acoger al tú y, en definitiva, a acoger a Dios, al Señor.

El esposo también es Iglesia y como Iglesia, su misterio también debiera ser tener a Cristo. San Pablo decía: "Mi vida es Cristo". ¿Dónde aprendo esto, dónde lo veo, dónde está el ejemplo para saber cómo hacerlo? E la esposa. Ella tendría que enseñar esto al marido porque tiene la capacidad de hacerlo. Tiene la capacidad natural pero, mucho más que eso, tiene la capacidad sacramental, el poder. El sacramento del matrimonio la capacita para que eso natural que posee se eleve al orden sobrenatural y pueda realmente ser capaz de acoger a Cristo y enseñar al esposo cómo recibir y acoger al Señor, cómo se vive en el Señor, como se vive del Señor.

Pensemos cómo esta capacidad de acoger está borrada hoy día, está arrasada. No existe interioridad. ¿Tenemos una Iglesia donde encontramos personas unidas? Se dice que en la iglesia encontramos personas reunidas pero no unidas. Es una Iglesia de mucho ajeteo, de mucha planificación, de intercambio de ideas, de lo que hay que hacer, de los proyectos. ¿Dónde está la interioridad de la Iglesia? Por eso muchas veces, la Iglesia es infecunda, por eso no tiene vitalidad, porque la vitalidad le viene de ser capaz de contener a Cristo. Y si no lo tiene, aunque haga muchas cosas será infecunda.

¿Se dan cuenta hasta qué punto el matrimonio tiene trascendencia para la realidad de la Iglesia y para lo que la Iglesia puede hacer en el mundo? Si esto no pasa en el hogar, tampoco puede pasar en la Iglesia, a mayor escala; y si no pasa en la Iglesia, ésta no tiene la capacidad de transformar la cultura, de llevar a Cristo al mundo, porque no tiene a Cristo en su seno, porque no es portadora de Cristo como María. Es una Iglesia que no es María. Por eso el P. Kentenich decía que tienen que haber muchas pequeñas María, para que la Iglesia sea María, muchas esposas que son como María-Esposa.

Una capacidad de acoger, de recibir, de vivir de otro, de ser de otro. Recordemos que toda la cultura actual considera el recibir, el depender, como algo negativo. Y la gloria de la Iglesia es depender de Cristo, es ser de Cristo, es pertenecer a Cristo, ser pertenencia de Dios. Por eso dice el Señor: si ustedes no se convierten interiormente como los niños, dependientes, receptivos, no entrarán en el reino de los cielos; si ustedes no se gozan en depender de Dios, no pueden tener idea de quién es Dios. Si no son como los niños, no conocen a Dios, no conocen el reino de Dios, no entran en el reino de Dios. El Padre dice que la mayor desgracia de la cultura actual es haber perdido el sentido filial frente al Padre Dios. Porque la pérdida de ese sentido filial hace que Dios no pueda darse, no pueda

regalarnos ese mar de amor que él tiene. Para vaciar ese mar de amor, Dios necesita receptividad.

¿Comprenden por qué san Pablo dice que la mujer tiene que someterse en todo al marido? Nosotros lo entendemos como una mentalidad forjada en una deformación de la autoridad y de la dependencia y de la receptividad. Si su experiencia de sometimiento es de un sometimiento humillante, indigno, por supuesto que la mujer no querrá depender ni de Dios ni del marido.

El marido tiene una labor extraordinariamente importante. Según como él se dé como esposo, como cabeza, para que la esposa lo recibirá gozosa. Por otro lado, tiene que haber esa capacidad de recepción, de "sometimiento", como uno se somete a un rayo de sol, de luz, de agua refrescante. Hay un sometimiento, una obediencia, que es dignificante. De lo contrario, sería denigrante someterse y obedecer a Dios. Sería algo intrínsecamente recibir, estar sometido a Dios. Tenemos que redimir este sometimiento aprendiendo a estar sometidos como María, libremente, gozosamente. Puede ser que esa misma esposa sea presidente de la República y como tal, tiene a todos bajo su mando, incluso a su marido. Pero resulta que ser presidente de la República no es signo sacramental de la Iglesia. En cambio, en el matrimonio, ella es signo sacramental para su familia, para sus hijos; es signo sacramental de la Iglesia, de María, que acoge y recibe y que enseña el sometimiento. Es ella la que tiene que llevar a sus hijos y a su marido a someterse a Dios. Ella enseña a ser niño ante Dios. No es solamente quien permita que los niños sean niños sino que con ello enseña a ser niños ante Dios. Y se lo enseña no solamente a sus hijos sino a su esposo.

Son realidades del matrimonio que no se abordan, que no son trabajadas y que son esenciales para el destino de la Iglesia y de la cultura. La cerrazón frente a Dios equivale a una emancipación femenina demoníaca. Hay una verdadera emancipación femenina, de no dejarse denigrar, humillar por nadie. Cada uno somos personas dignas. Si nos damos, nos damos libremente; si acogemos, acogemos libremente. Esa emancipación diabólica es la misma que podemos tener frente a Dios, respecto a toda norma. Es la misma emancipación del hombre actual frente a la Iglesia. Por eso, ¿qué tienen que decirnos los obispos? ¿Por qué tienen que daros normas y decirnos cómo actuar?

El signo sacramental de la mujer es esencial para la Iglesia, para la cultura, para el esposo, para los hijos. El P. Kentenich repite una y otra vez esto: no se salva el varón sino por la mujer. Es una frase de San Bernardo. Y siempre se entiende por la *mujer redimida*, porque el hombre también puede condenarse por la mujer, por la mujer sierva del demonio. Adán cayó por Eva.

La mujer está llamada, por el sacramento del matrimonio en forma especialísima, a ser redentora, a abrir la puerta de la infancia espiritual frente a Dios. Es tan divino dar como recibir, sino no podría existir la Santísima Trinidad, porque el Padre se da al Hijo y el Hijo recibe todo del Padre. Si no fuera tan divino el recibir y el acoger, no habría Santísima Trinidad. Nosotros pensamos que sólo el dar, en la línea del dominar, del mandar, del manejar, es lo que vale. Gracias a Dios que existe el Espíritu Santo y la mujer es el símbolo del Espíritu Santo, en este sentido.

La Iglesia está llena de Cristo. Este es su misterio. Esa dependencia gozosa del Señor, ese sometimiento liberador y enaltecedor. Esa Iglesia esposa es también madre; es esposa y madre que congrega. Precisamente porque acoge, porque recibe, puede congregar. Quitemos a la Iglesia a María, y se transforma en una Iglesia dispersa. Veamos solamente a los protestantes; la iglesia protestante es una iglesia en dispersión, y uno de los motivos de esto es porque le falta la madre, porque no está María presente; les falta la madre que congrega. Pasa como en el hogar; si no está la mamá, es difícil que se forme el hogar, porque ella es el hogar. Y al no estar ella, al hombre le resulta muy difícil hacer y ser hogar. Hay un amor, que dando, acogiendo, alimentando, sacrificándose, congrega, una Y ésta es la función de la Iglesia-Esposa, de María.

Podríamos seguir enumerando estas características. Pero quiero redondear otro aspecto que es esencial. Ambos, marido y mujer, conforman una unidad de redención. Hay un consorcio de vida, hay una profunda alianza de amor, en el lenguaje schoenstattiano; hay un entrelazamiento de destinos, una solidaridad de destinos, hay una bi-unidad indestructible entre el esposo y la esposa.

Hay sacramentos que perduran siempre. Cuando un niño es bautizado, permanece bautizado para siempre. Esto es lo que significa que el sacramento "imprime carácter". Hay sacramentos transitorios; cuando comulgamos, ese sacramento está solamente presente en ese momento en que comulgamos. También cuando recibimos la confesión, el perdón de los pecados, es en ese momento que permanece el sacramento. Si nos confirmamos, esto es para siempre. Estos sacramentos que "imprimen carácter," son para siempre y no se repiten. Hay algo especial con el sacramento del matrimonio. No es ni uno ni lo otro. Es un sacramento permanente en cuanto está ahí mientras los dos esposos están. Si Dios llama a uno de ellos al cielo, el matrimonio deja de ser sacramento, porque el sacramento se da con los dos esposos juntos. Ellos tienen que mostrar sensiblemente ese amor inefable que los hace un solo cuerpo, así como la vid y el sarmiento son uno, como la cabeza y el cuerpo son uno. Ese es el misterio que representan los dos esposos.

El sacramento del matrimonio desaparece, se acaba, cuando uno de los esposos desaparece, cuando fallece, cuando Dios llama a uno al cielo. Ese misterio de la unidad de ambos esposos, de este hecho de la redención que Cristo no quiso realizar solo, sino que, como nuevo Adán quiso tener una nueva Eva junto a sí como un requisito, como un solo principio de salvación, es el misterio que hacen presente el hombre y la mujer por el sacramento del matrimonio. Hombre y mujer unidos por el sacramento del matrimonio, son un solo principio de salvación, de redención. A ellos se les encarga juntos esta porción del reino. Ellos son quienes gestan el reino con sus hijos, en su ambiente, dondequiera que estén. Y si no tienen hijos, proyectan esa fuerza redentora en hijos espirituales, en el apostolado. Pero ellos están para redimir juntos y por eso se casaron por la Iglesia, para redimir, para santificar el mundo, para hacer que llegue el reino de Dios, pero ellos dos juntos. Nosotros, los sacerdotes, cada uno es responsable de trabajar por el reino de Dios. La unión del sacerdote con Cristo y con María es una unión mística. Pero en el matrimonio hay dos personas, de carne y hueso, que son signos de Cristo y de la Iglesia, María, que tienen que construir juntos el reino, y que, dando a luz hijos, están dando a luz a la Iglesia. Hay algo natural. El padre y la madre dan a luz a los hijos, los educan, los alimentan. Este

proceso natural es elevado a otra realidad. Estos dos esposos están creando Iglesia, están dando a luz a la Iglesia. Ellos, mancomunadamente, los dos juntos, tienen que transmitir juntos la gracia redentora y merecer esa gracia redentora. El sufrimiento, el sacrificio, la oblación de los esposos tiene un carácter sacramental único en el matrimonio.

El sacramento hace al matrimonio gestores del reino de Dios. Los esposos conforman una comunidad de amor que abarca todas las formas del amor, de un amor pleno que ha sido elevado para ser fecundo sobrenaturalmente. Esto significa, en el orden de la salvación.

¿Cómo se realiza esto? ¿Qué es el reino de Dios? ¿Cuándo existe el reino de Dios? ¿Qué significa ese reino de Dios que pedimos en el Padre Nuestro? ¿Qué significa esta realidad?

Algo es reino de Dios, una realidad es reino de Dios, cuando todo en esa realidad gira en torno al Padre Dios, cuando se hace aquí, en este lugar, esta casa, en este hogar, en esta oficina, la voluntad del Padre. En ese momento se hace presente el reino de Dios. ¿Cuándo se realiza el reino de Dios en nuestro hogar? Cuando ambos, esposo y esposa, como Cristo y María, giran en torno a la voluntad del Padre Dios y juntos cumplen la voluntad de Dios, aunque ese cumplir y realizar el plan de Dios implique el sacrificio del Gólgota, en la forma en que Dios lo disponga. Ellos son responsables del reino y tienen que buscar juntos el querer del Padre Dios. La identificación de la Iglesia y Cristo es que ñla Iglesia ha hecho suya esa dependencia absoluta del Padre, a semejanza de Cristo. Cuando ambos esposos viven esa dependencia de Cristo, uno siendo Cristo y la otra conteniendo a Cristo y ambos girando en torno al Padre Dios. La pasión de este matrimonio tiene que ser la búsqueda de la voluntad del Padre. ¿Qué quiere el Padre con nosotros? ¿Qué quiere el Padre con nuestros hijos? ¿Qué quiere el Padre de nuestro hogar? ¿Qué quiere el Padre Dios de nuestro trabajo? ¿Dónde nos quiere el Padre? ¿Qué quiere el Padre de nosotros? Juntos tienen que buscar la voluntad de Dios.

Aquí quiero presentarles dos perspectivas: Primero, hasta qué punto funciona el matrimonio como una comunidad de búsqueda de la voluntad de Dios. Y, en segundo lugar, hasta qué punto el matrimonio funciona como una comunidad en que conjuntamente ambos construyen el reino de Dios aquí en la tierra.

¿Buscan ustedes juntos la voluntad del Padre Dios? ¿Rezan juntos? Si no rezan juntos, si no hacen silencio juntos, es imposible escuchar al Padre. El Señor se retiraba en las noches a rezar. No podemos imaginar a María de otro manera; ella estaba entera abierta a la voluntad del Padre y era sólo y permanentemente escucha de esa voluntad del Padre. ¿No buscamos apasionadamente la voluntad del Padre, no giramos apasionadamente su voluntad? Tenemos que ayudarnos a descubrir juntos esa voluntad de Dios. Juntos tenemos que desentrañar lo que el Padre Dios quiere. Esto en lenguaje schoenstattiano, significa tener una pasión por vivir de la fe práctica en la Divina Providencia, lo que implica tener y desarrollar en nosotros, como esposos, un sexto sentido para sensibilizarnos a lo que el Padre nos está diciendo, lo que nos está indicando, sus deseos. Si no hay oración, si no hay receptibilidad ante el Padre en la oración, entonces es imposible. Y lo que los esposos estén fundando no será un reino de Dios. Y se verán consumidos por las ocupaciones normales del orden natural: llevar al niño al médico, comprar tales cosas, reparar el auto, llevar a los

niños al colegio, viajar a tal lugar porque la empresa los mandó. Es decir, harán todas las cosas que hace todo el mundo, pero sin Dios.

Es difícil desentrañar la voluntad de Dios. No se descubre por arte y magia. No tenemos que estar siempre esperando que Dios nos mande un remezón, como a san Pablo, para que nos demos cuenta cuál es su voluntad. Muchas veces Dios tiene que echarnos abajo del caballo, pero la idea es que nos eea así. La idea es que ambos esposos sean una sola comunidad de oración y de búsqueda de la voluntad de Dios. No sólo una comunidad de oración. Muchas veces rezamos juntos, un rosario, una novena. Y pueden ser actos meramente exteriores. Otra cosa es tener esa pasión por encontrar la voluntad del Padre. ¿Cuál es mi hora, la hora del Padre? El Señor vivía pendiente de la hora del Padre... "Aún no ha llegado mi hora". Estaba pendiente de la hora del Padre, de lo que el Padre quería. Permaneció en silencio durante treinta años, sin hacer nada espectacular, porque su Padre aún no lo quería. Y cuando llegó el momento, Jesús salió. Y cuando llegó el momento de predicar, predicó. Y muchos querían hacerlo rey y él se escondía, porque sabía que el Padre quería otra cosa, hasta que llegó el momento de la cruz, y él la asumió porque era la voluntad del Padre.

Este proceso es el que tenemos que hacer como matrimonio. Y esto nos obliga a ser muy diferentes al resto del mundo, a lo que acontece en el ambiente. En un ambiente de ajeteo, de stress, de agotamiento, es imposible que se dé un sacramento del matrimonio vivo, vital, actuante, eficaz.

¿Tenemos un crecimiento juntos? Cada uno es un proyecto, una gracia en germen de ser un pastor, una imagen del Señor, una imagen del Padre Dios, del Señor, de María, de Iglesia. Todo es un proyecto. Y la labor de cada cónyuge es hacer que esa imagen se haga cada día más realidad en el otro. Cada uno se hace cargo del otro. La esposa, como Iglesia, ayuda al esposo a ser Cristo, lo ayuda a sentirse Cristo, y reza y se sacrifica porque el Señor brille en él. A pesar de los desengaños, a pesar de los defectos, con mucho más fuerza todavía, tendría que estar ofrendándose por ese esposo para que Cristo viva en él.

Igualmente el esposo por la esposa. Tendría que dar su vida, como Cristo, para que esa esposa fuera santa e inmaculada, para que resplandeciera en ella la realidad de María.

"Por ellos me santifico" tiene que llegar a ser una realidad hermosa en el matrimonio. ¿Cómo cambiaría el tedio de la vida actual si nos empezamos a mirar en esta otra perspectiva, si empezamos a sentir en esta perspectiva y empezamos a descubrirnos en esta perspectiva.

Veo que hay muy pocas parejas que trabajan juntos por crecer, por llegar a ser santos, que se ponen propósitos para crecer juntos. Esto es lo hermoso del matrimonio. Aprovéchenlo. Es distinto esforzarse solo a hacerlo de a dos. Las cruces llevadas de a dos son mucho más suaves. Las cargas llevadas de a dos son más ligeras. Es mucho más hermosa la vida así. Las personas consagradas tenemos otras cosas hermosas, ustedes como matrimonio tienen éstas cosas, por eso aprovéchenlas, vívanlas, gócenlas.

Lo segundo en esta construcción del reino, es que como matrimonio tienen que construir el reino con sus hijos, en una verdadera paternidad y maternidad real y física la mayoría de las veces, pero también espiritual. Esto es también una de las cosas más hermosas que puede traerles el sacramento del matrimonio: hacer de este pequeño reino familiar un reino del Padre, el reino mariano del Padre Dios. Juntos y en torno a sus hijos, tienen que vivir en Dios, de Dios, para Dios y que este reino familiar sea el reino de la alegría, de la santidad, de la justicia, de la paz, de la verdad, el verdadero reino de Dios. Así como lo pedimos en la fiesta de Cristo Rey: que Cristo instaure ese reino de verdad, de justicia, de santidad, de paz, de alegría.

Ustedes tienen el poder de construir ese reino con los suyos. Toda la Iglesia está construida en torno a Cristo y María. En torno a ustedes dos. Para que se construya este reino, juntos proclaman el misterio de Dios, la verdad de Dios; sacrifican, ofrendan, ofrecen, conducen.

Los esposos, los padres, proclaman al Dios vivo a sus hijos. Primero que nada, por lo que son. El niño, al abrazar al papá, al ser sostenido por el papá, al experimentar la ternura del papá, tienen que ir experimentando a ese Dios que lo sostiene, que lo quiere como Padre y que es un Dios de inmensa ternura, firme, fuerte, fiel. Así el papá está predicando a Dios, está haciendo presente a Dios, sin decir una palabra de Dios. ¡Feliz el padre, el papá, -dice el P. Kentenich- cuyos hijos no tienen que cambiar nada de la imagen que tienen de su papá al pensar en Dios Padre. Esa es la meta.

Y la mamá también está dando a Dios, lo más profundo de Dios. Con su amor y dedicación, con su entrega, está predicando que Dios es un Dios de amor, un Dios que se da en el amor y que su amor es un amor que acoge y que tiene predilección por los más pequeños. esa faceta del amor la particularísima la mamá. Porque la mamá se hace naturalmente cargo de los más pequeños, de los más débiles, de las ovejitas negras, de los más disminuidos humanamente, del patito feo, del niño enfermo, del más delicado, del que está en peligro. Eso es lo que el sacramento del matrimonio purifica, eleva y hace a la mamá ser una viva imagen de la Iglesia Madre, de la Iglesia María, de esa Iglesia que tiene un amor preferencial por los pobres. La mamá es la imagen viva de ese amor de Dios. De un amor incansable, de un amor fiel.

Todas estas realidades que son típicamente femeninas, son elevadas, purificadas, santificadas por el sacramento del matrimonio, cada mamá tiene que ser un monumento a la fidelidad del Dios fiel que nunca se cansa de amar y que siempre acoge con cariño al más débil, que lo enaltece, que lo anima.

Así se construye el reino. Más que con la palabra, con el ser. Siempre pensamos que la catequesis a los niños se hace cuando se les enseña catecismo, cuando se les cuenta una historia sagrada, cuando se los envía a un buen colegio y nos quedamos tranquilos. Esto nos sirve de muy poco hoy día si no está esta primera catequesis esencial del ser papá, del ser mamá, del predicar a Dios con el ser y actuar. De tal modo que los hijos puedan palpar, ver, sentir a Dios. Y cuando se les diga, el día de mañana, que Dios los quiere igual aunque hayan caído, aunque hayan pecado feamente, ese niño no tendrá ninguna duda

al respecto, porque esta experiencia la ha vivido en su mamá y en su papá. Está tan metida esta experiencia en él que no dudará que Dios no lo dejará aunque haya caído.

Esta es la prédica que tienen que dar ustedes como papá y mamá. El P. Kentenich dice que para transmitir la fe, el misterio de Dios, hay preámbulos racionales, ascéticos y vitales. Los preámbulos racionales son los típicos de la apologética que nos demuestran la verdad del Evangelio, una cantidad de explicaciones racionales que al hombre moderno no le importan mayormente. Preámbulos ascéticos, hay una cierta honorabilidad, una cierta pureza. Es mucho más fácil abrirse a Dios. Pero lo esencial para el P. Kentenich son los preámbulos vitales, las experiencias que el niño ha tenido de Dios en sus papás, en vivo y en directo. ¿Cómo podremos hablar a un joven fe la patria eterna y que no hay nada más hermoso que estar en la casa del Padre, si no tuvo ninguna experiencia de hogar? ¿Qué podemos hablarle de lo que es el cielo, si no ha experimentado más que un ambiente de infierno en su hogar? Ese joven no tendrá ningún deseo de estar en la casa de Padre Dios, más bien querrá arrancarse, porque muchos no conocen esa realidad.

Nuestro hogar, nuestro pequeño reino es la antesala del cielo, es el reino de Dios. Pero para esto tenemos que dar experiencias vitales de Dios. También por la palabra, por la verdad explícita, por la predicación. ¿Cuántos papás se reúnen con sus hijos a comentar la Biblia? ¿Tienen la costumbre de hacer un encuentro con sus hijos para leer la Biblia y hablar de Dios? Una Iglesia, un reino de Dios, donde la palabra de Dios sólo está en un libro muy hermoso, con cantos dorados, pero que permanece cerrado, no sirve, no transmite nada. Es muy distinto cuando los papás comparten la Palabra, el Pan de la Palabra. En una familia sacramento esto tendría que ser lo evidente, lo normal. Pero resulta que, muchas veces, nosotros mismos no tenemos familiaridad con la palabra de Dios.

Queremos abrir nuevos caminos. Queremos tener otro estilo de vida. Les decía que el camino de los monjes está muy claro; si queremos ser franciscanos, tenemos muy claro lo que corresponde en cuanto a formas de vida para ser franciscano. Pero en cambio, para llevar un estilo de vida laical hay muy pocos ejemplos. El mayor aporte que haremos a la Iglesia del futuro es mostrarles familias con un nuevo estilo de vida. Esperamos también entregar a la Iglesia matrimonios santos schoenstattianos. Esto será la cumbre de ese ser alma de la Iglesia.

Construimos el reino de Dios también sacrificándonos, crucificándonos juntos. El Señor y María derramaron su sangre por el reino del Padre. El Señor, cruentamente, y María dejando traspasar su corazón por una espada. Juntos fueron una sola ofrenda al Padre y esa ofrenda mereció la redención. ¿No adquirirían, en este sentido, una densidad, una plenitud, un sentido mucho mayor sus cruces, esas innumerables cruces? Cruces que vienen de cada uno, cruces que vienen de ambos, cruces de cada uno de los hijos, cruces del trabajo. La diferencia está en cómo asumen y viven esas cruces. Si son cruces que los aplastan, que los destruyen, que los separan, o son cruces que ustedes convierten en ofrendas.

El P. Kentenich, una y otra vez, repite una frase de Kolping: La mesa del hogar es un altar de sacrificio. Si nuestra Iglesia es el hogar, si nuestro hogar es una iglesia doméstica, hay una mesa, un altar de ofrenda. Nosotros vamos a salvar, santificar y construir a nuestros

hijos esencialmente por el sacrificio, por la oración y el sacrificio. Porque esta es la ley según la cual Cristo fundó la Iglesia, el reino del Padre. Es el modo en que él redimió la humanidad. Podía haberlo hecho de otra manera, pero quiso hacerlo así. Y desde ese momento, no hay redención, no hay gracia, no hay santificación, no hay construcción de su reino sino a partir de la cruz. Lo hermoso es que, en el sacramento del matrimonio, los esposos llevan juntos la cruz, comparten la cruz, ofrecen la cruz, son la uno e la cruz, como Cristo y María. Por eso creemos que el símbolo más hermoso que Dios ha regalado a Schoenstatt, en Bellavista, es el Cristo de la Unidad, y es especialmente un símbolo para los matrimonios. Porque eso es lo que tienen que llegar a ser, eso es a lo que están llamados, ésa es su vocación: ser uno, una bi-unidad, como Cristo y María.

Ustedes tienen que asegurar la santidad de sus hijos. No solamente tienen que criarlos y educarlos, sino que tienen que velar por su santidad. Son hijos que tienen su libertad, que muchas veces eligen caminos tan distintos a lo que los padres piensan que es lo mejor para ellos; hijos que no están tan bien. Pero, sin embargo, los papás son los responsables de que esos hijos no solamente lleguen al cielo que sean santos. Y el poder de la conversión viene de nuestra ofrenda. Y Dios les da a ustedes la responsabilidad de ellos y les va a pedir cuenta por sus hijos. Porque ustedes son los sacerdotes de esa pequeña iglesia doméstica, de ese hogar. Piensen, en este sentido, en las contribuciones al capital de gracias.

Deberíamos considerar también lo que significa la Eucaristía para el matrimonio. Pero no podemos hacerlo ahora

Participación en los misterios de Cristo, como matrimonio, sobre todo en los misterios dolorosos para gozar también un día de la gloria.

Ustedes construyen el reino conduciendo y conduciendo juntos. Ambos tienen autoridad. Cristo es el Señor, el Maestro; la Iglesia es Madre y Maestra. Ambos tienen responsabilidad en conjunto porque han dado a luz al hijo conjuntamente. Ambos tienen y comparten esa autoridad. Y eso que se da en el orden natural es elevado al orden sobrenatural. Ustedes son instrumentos de Dios para sus hijos. Dios quiere conducir a través de ustedes. ¿Conducen juntos los esposos? Ya las primeras discusiones de los matrimonios es porque uno educa así, y el otro de otra manera. Muchas veces no hay una concordancia en la conducción, no se educan a conducir y aparece la violencia, la palabra grosera, la cachetada, todo aquello que no debiera darse. ¿Por qué? Porque los papás no están conscientes de ser los responsables de conducir en el Señor, en Cristo, como él.

En la Iglesia se ha desvirtuado mucho la autoridad. Pensemos en la autoridad en los siglos pasados, en el Renacimiento, en los Papas de ese tiempo; en el autoritarismo feudal de la Iglesia. ¡Qué lejos estamos de lo que Cristo quiso de la autoridad en la Iglesia. Si miramos la historia de la Iglesia, nos damos cuenta que es una historia trágica. La autoridad que se ha ejercido es mucho más constantiniana que evangélica

¿Por dónde tenemos que empezar para que redimir el ejercicio de la autoridad? Hoy nadie quiere ser autoridad. El pastor se avergüenza de ser pastor y no sabe cómo ejercer su autoridad. O es muy autoritario o muy permisivo. Muchos sacerdotes ni siquiera les gusta

que los llamen "padres", porque todos somos iguales, dicen. Tenemos que redimir la conducción. Y juntos educarnos para saber conducir como Dios quiere, como Dios manda. para que sus hijos aprendan a obedecer y obedecer libremente, gozosamente, creativamente, y no como esclavos, por el látigo, por palabras groseras.

Es difícil, tremendamente difícil, conducir a los hijos hoy día. Quien quiere conducir dando normas, castigando, está perdido. Antes resultaba este sistema porque el ambiente lo protegía y lo avalaba. Hoy día ya no resulta. Hoy existe un libertinaje.

Nosotros, ¿sabemos transmitir valores de tal manera que nuestros hijos sigan estos valores, estos ideales, no desde afuera hacia adentro sino que desde adentro hacia afuera? Pensemos en el bombardeo inmenso de "valores" que están recibiendo sus hijos a través de la televisión, de la lectura, de lo que ven, de lo que escuchan por todos lados. Creo que el sistema de educación al interior del hogar tiene que cambiar entera y sustancialmente.

Antes los padres no conversaban con sus hijos. Se suponían que los hijos recibían y aceptaban los mismos valores de sus padres, porque la tradición era muy fuerte. Pro ahora esto no se da. Por eso, si el niño no está convencido de que detrás de las órdenes hay un valor y que vale la pena jugarse por ello, no obedecen. Los niños tienen que convencerse desde dentro que lo que le dicen los papás es cierto y que vale la pena jugarse por ello. Esto significa otro modo de educar. El Señor no educo a palos ni a gritos. El Señor se ganó a sus apóstoles desde dentro y por eso lo siguieron. Se les plantea aquí otra perspectiva y se nos abre una ventana.

Resumiendo. Ustedes como esposos fundan un reino de Dios aquí en la tierra, su reino. Y lo fundan juntos, lo sufren juntos, lo predicán, lo conducen juntos. Es el reino de Dios aquí en la tierra, es la antesala del cielo, es la preguistación de lo que vendrá. Es el germen de vida de la sociedad. A partir de esa pequeña iglesia doméstica, podrán transformar la sociedad.

En la Rama Familiar tenemos alrededor de 860 matrimonios. Aquí hay más o menos 300 matrimonios. ¿Cuántos amigos tiene cada uno de ustedes? Suponemos que un promedio de 50; la irradiación de un matrimonio es grande. Pensemos en los parientes solamente, en los sobrinos, en los primos, en los nietos; después los compañeros de oficina, los papás de los amigos de sus niños, del colegio donde estudian, personas con las cuales hacen deportes, etc. Es un grupo grande. Si multiplicamos todas estas personas por 300, nos da una gran cantidad de personas en las cuales podemos influir.

Tenemos una gran potencia de irradiación en esta Zona Cordillera. De tal manera que si nuestras pequeñas iglesias del hogar están vivas, si funcionan, podemos tener una gran influencia. ¿Quién tiene ese potencial, qué movimiento tiene estas familias en esta zona, estos matrimonios? Me atrevo a decir con toda certeza que ningún movimiento tiene esta cantidad de matrimonios reunidos en grupos como lo tenemos nosotros. ¿Aprovechamos esta riqueza?

Creo que si realmente tomamos en serio todo lo que hemos meditado en este retiro, no me cabe la menor duda que podremos ser corazón de la Iglesia y que la Iglesia en Chile se va a vitalizar, a renovar, a vivificar y que podremos regalarle una nueva realidad, un nuevo estilo de vida familiar a partir de una espiritualidad matrimonial nueva. Por eso existimos nosotros. Esto es lo que justifica la existencia de nuestra Familia de Schoenstatt. Por esto nos llamo el Señor a nuestro Santuario de Bellavista. Este es un Santuario Cenáculo. Allí los apóstoles, reunidos en torno a María, imploraron el Espíritu Santo y desde allí partió la Iglesia.

Esta la realidad del Schoenstatt chileno. Es un Schoenstatt del Espíritu Santo, es un Schoenstatt de Pentecostés que quiere remecernos. Es un huracán que quiere arrasar y transformar, renovar y traer vida. Nosotros tenemos que marcar el destino de la Iglesia. Para eso nos llamó la Mater. Lo haremos en la medida en que seamos fieles a nuestra Alianza, con María, a nuestra Alianza matrimonial, si somos fieles al sacramento del matrimonio que hemos recibido. Creo que esto nos da mucha confianza para mirar el futuro. Mucha confianza en que, a pesar de todo el desastre que pueda existir, nuestros hijos y nuestros nietos verán surgir una nueva cultura en el tercer milenio; otro renacimiento de la Iglesia, otra cultura cristiana; un nuevo humanismo traspasado de la presencia de Cristo.